

gusto fingido y de un momento. Por cierto que no digo evitar deleites de esta vida; pero abominar de ellos debes, y buscar la eternidad por pena, por hierro y por fuego: porque así como ella sin comparación excede á todo tiempo, así debe buscarse en todo tiempo con fervor, diligencia y ansias incomparables sobre todo lo temporal. Dijo Salomon (1) de la sabiduría, que en la mano derecha tenia la eternidad, y en la izquierda las riquezas y la gloria; para significar con cuántas mas veras habia de buscar lo eterno que lo temporal, y preferir la virtud á las riquezas y honras, porque así como la mano derecha tiene muchas fuerzas, y la izquierda pocas, así debemos tener y conservar lo eterno con todas nuestras fuerzas, mas no lo temporal, porque los mayores bienes de este mundo, y la mayor gloria de él, si no ha de ser eterna, ¿qué puede aprovechar? En teniendo fin las cosas se hunden en el abismo del no ser, como si no hubieran sido. No digo los gustos de la vida, sino la misma vida en medio de lo eterno, ¿qué es sino una sombra de ser? Mira antes que tuviste un gusto, que por una eternidad no tuvo ser tu gusto: mira despues de pasada otra eternidad, en que no le tendrá, ¿qué viene á ser mas que si no hubiera sido? Todo lo tiene, principio y fin en medio de la eternidad, que ni tuvo principio ni tendrá fin; se hunde y se absorbe como si no hubiera sido, y así tampoco aprovechará todo lo temporal, que pasa, si no sacas de ello algun fruto eterno, que permanece.

CAPÍTULO XI.

Qué cosa sea el tiempo, segun Aristóteles y otros filósofos, y la poca consistencia de la vida.

Aunque de todo lo dicho se puede colegir lo que es el tiempo, la vida temporal, y cuanto con el tiempo pasa; con todo eso lo consideraremos ahora mas particularmente, despues de haber tratado de la eternidad, para formar mas vivo concepto de la bajeza de las cosas temporales y grandeza de las eternas. Define al tiempo Aristóteles (2) diciendo que es la medida del movimiento; porque donde no hay mudanza ni sucesion, no hay tiempo. Declara mas esto Eleusipo (3), añadiendo que el tiempo es la medida del apresuramiento y carrera que hace el sol. Y Prócuro dijo que era el número de las correrías y revoluciones de los cuerpos celestes. Los Pitagóricos dijeron que era la última esfera que rodea las demás; esto es, el último cielo, cuyo rapidísimo movimiento es sobre toda ligereza y movimiento: conforme á lo cual dijo Alberto

(1) Prov. iii. Longitudo dierum in dextera ejus, et in sinistra illius divitiarum, et gloria.

(2) Arist. lib. physic. de platanis definit. — (3) Eleusip. definit. apud Pat. Burriel, de temp. lib. 6.

Magno (1) que era la medida del movimiento del primer móvil; de manera que el tiempo es un accidente de cosa tan inconstante como el movimiento. Por lo cual dijo Avicena (2): *El tiempo es cosa mas flaca que el movimiento.* Mira, pues, qué hay que fiar de la vida humana, pues es miembro de una cosa tan inconstante, flaca y veloz; que pasa, y corre al paso que corre el sol, y dan vueltas al mundo las estrellas del firmamento, que exceden en su curso y velocidad, no solo á las aves que vuelan, pero al mismo viento. Sábetete que no viene la muerte tras tí con zapatos de plomo; alas trae, y volando viene á buscarte con tanta celeridad; que no se puede imaginar mayor: no solo excede á las aves del aire, pero ni hay pieza de artillería disparada que con mas furia se mueva que ella corre por toparte, y no te dejará de alcanzar. Considera cuántas cosas conoces que hay ligeras, y piensa que todas se mueven á paso de tortuga en comparacion de la muerte. Muy velozmente se mueve un nebli cuando va tras la garza; pero flema es toda su velocidad en comparacion del tiempo y de la muerte, que viene en él caballero, para hacer en tí presa. Mas ligeramente que una ave se mueve la saeta que dispara el cazador, pues la hiere y mata aunque vaya volando por los aires; pero lerda es la saeta mas ligera en comparacion de la que te ha disparado la muerte desde el punto en que naciste. ¿Y qué cosa se puede imaginar mas veloz que un rayo que cae del cielo? Con todo eso es su movimiento muy espacioso respecto de la presteza con que corre la muerte; porque es al paso del movimiento de las estrellas del firmamento, que mas ligeramente se mueven, cuya velocidad es tan prodigiosa, que corren en un dia mas de mil y diez y siete millones y medio de leguas, y en una hora mas de cuarenta y dos millones, segun el cómputo mas moderado del P. Clavio (3). Á este paso viene la muerte tras tí, ¿cómo no te recelas? Mas ligera viene que una águila, mas veloz que un rayo, con tal ligereza, que aun el pensamiento no la alcanza: ¿cómo no temes, y te sobresaltas? Ya está suelto el arco: contra tí está ya disparada la saeta, y viene á dar en tí: ¿cómo no abajas siquiera la cabeza, y te humillas y reconoces? Si supieses que un tiro de artillería querian dispararte, y que no podías huir el golpe, no sabrias qué hacerte: ¿pues qué si te dijese ya está disparado? Murieras con solo el susto. Pues sábetete que mucho mas precipitada y ligeramente se ha disparado contra tí el tiro de la muerte, y que no hay cuarto de hora que no corra por alcanzarte mas de diez millones de leguas, y no sabes desde dónde partió, ni dónde está ya; porque aunque estuviera muy léjos de tí, ella corre con tanta prisa, que no puede dejar de dar contigo muy presto; pero como no sabes de cuán léjos partió, debes por momentos estarla esperando, pues por momentos viene.

(1) Albert. Mag. in 3 physic. tract. 2, cap. 3. — (2) Avicen. suffi. lib. 3, c. 13. Tempus debilius est motu. — (3) V. Clav.

Fuera de la ligereza se ha de considerar aquella condicion del tiempo; que notó Aristóteles, que es medida del movimiento, en cuanto tiene primero y postrero; esto es, en cuanto con continua sucesion unas partes tiene despues de otras, lo cual tiene esencialmente el mismo tiempo, como notó Averroes (1); de manera que no tiene capacidad para dar de por junto las cosas, sino por partes, dejando unas de ser para venir otras, muriéndose cada momento las primeras para que vengan las segundas. Los bienes que puede gozar la vida en la niñez se han de dejar cuando vienen los de la mocedad, y los de la mocedad cuando vienen los de la vejez. La candidez, seguridad é inocencia de los niños se pierde con la juventud, y las fuerzas y vigor de la juventud no están ya con el seso y juicio de la vejez; de suerte que no es el tiempo para darnos todo junto inocencia, vigor y prudencia, sino, con ser tan limitados los bienes de la vida, los da tan limitadamente, que á la misma vida da por partecitas, y mezcla en ella tantas partes de muerte como da en trozos de vida. Primero que venga la niñez ha de morir la edad de infante; primero que venga la vida pueril ha de morir la niñez; antes que venga la juventud ha de acabarse la puerilidad, y la misma juventud muere primero que venga el estado de varon, el cual tambien antes que venga la vejez ha de espirar; y hasta la misma vejez muere para que venga la edad decrépita. De suerte que en una misma vida hallará uno antes de morir que ha muerto muchas veces; y con todo eso no acabamos de persuadirnos que hemos de morir una. Volvamos, pues, los ojos á nuestra vida pasada, y consideremos qué se hizo de nuestra niñez, de nuestra puerilidad, de nuestra juventud. Ya murieron en nosotros. Pues de la misma manera morirán todas las demás edades y vidas de la vida. No solamente moriremos en los principales tiempos de ella, sino cada hora y momento, con una perpétua sucesion y mudanza de cosas. ¿Qué contento hay en la vida que no muera luego, y le suceda algun pesar? ¿Qué afecto da pena que no le suceda otro con otra pesadumbre igual ó mayor? Por lo ausente, porque se entristeció uno; teniéndolo presente se enfada: lo que deseado le dió congoja, poseído le da cuidado, y perdido pena. El breve rato que viene algun gozo no se puede lograr todo junto, sino gustándole por partes, sin sentir el gusto de las primeras cuando vienen las segundas, disminuyéndose cada momento, y muriéndonos nosotros con él cada instante; porque no hay punto de vida en que no gane mucha tierra la muerte. Ni es otra cosa el movimiento de los cielos sino un ligerísimo torno en que se está siempre recogiendo el ovillo de nuestra vida, y un velocísimo caballo en que corre la posta la muerte: no hay momento de vida en que no tenga igual jurisdiccion la muerte. Y como dijo un filósofo, no hay punto de tiempo que no le dividamos con la muerte;

(1) Ex dict. destruc. disput. 1, cap. 4.

y si bien se considera, no vivimos sino un punto, porque no tenemos de vida sino este instante presente. Los años pasados ya pasaron, y no tenemos de ellos mas que si fuéramos muertos. Los años que han de venir aun no los vivimos, y tenemos de ellos mas que si no hubiéramos nacido. El dia de ayer se desvaneció; el de mañana no sabes lo que será; del de hoy ya se te han pasado muchas horas que no vives, y te faltan de vivir otras que no sabes si las vivirás; de manera que, sacado todo en limpio, no vives sino este momento, y en ese mismo te estás muriendo; de suerte que no puedes decir que la vida es sino la mitad de un momento, y un indivisible dividido entre vida y muerte. Con razon se puede llamar esta vida temporal, como dijo Zacarias: *Sombra de la muerte*, porque á sombra de la vida se nos entra la muerte: y como á cada paso que da uno da otro su sombra, así tambien no da paso la vida, que no dé otro la muerte; y así como la eternidad tiene esta propiedad, que siempre empieza, y así es un perpétuo principio, así tambien esta vida siempre acaba, y se está feneciendo: por lo cual se puede decir un perpétuo fin y una continua muerte. No hay gusto en la vida, aunque durara veinte años continuos, que se pueda gozar presente, sino solo un punto; y este con tal contrapeso, que no menos se avecina en él la muerte que le goza la vida. Finalmente, es de tan poco ser y sustancia el tiempo, y por consiguiente nuestra vida, que no tiene ser permanente, como dice Alberto Magno (1), sino sucesivo y arrebatado, sin poderse detener en su carrera, con la cual va precipitado á dar en la eternidad, y como si fuera un caballo desbocado atropella con todo y lo arruina, sin poder pararse: y á la manera que no se pudiera gozar de la vista de un bizarro caballero lleno de joyas y galas, si fuese siempre corriendo á rienda suelta, así tambien, porque no paran un punto las cosas de esta vida, no se puede gozar bien de ninguna: todas corren á rienda suelta hasta estrellarse con la muerte y hacerse pedazos con su fin. No significó poco esta misma condicion del tiempo el nombre que le dió el emperador y filósofo Marco Aurelio, cuando dijo (2): *El tiempo es una ola arrebatada*; porque así como una récia ola hunde con gran velocidad la nave, y no deja gozar al navegante de las riquezas que lleva, así hace el tiempo con su arrebatamiento y furia, que arruina y anega todo. Consideró este filósofo tanta brevedad y presteza en el tiempo, que lo mismo juzgó era vivir largo tiempo que corto; y así añadió una sentencia que quiero referir aquí para desengaño nuestro: *Si te dijera Dios que habias de morir mañana, ó ese otro dia, no hicieras ya mucho caso en que murieses ese otro dia, y no mañana, si no es que tuvieses un ánimo muy apocado y vil; porque, ¿qué diferencia habia de uno á otro, por ser tan poca la distancia? Pues de la misma manera juzga que no has de tener por*

(1) 4 phys. tract. 7, cap. 4. — (2) Marc. Aurel. lib. 4. *Ævum fluctus est rapidus.*

gran diferencia morir despues de mil años, ó morirte mañana. Considera á menudo cuántos médicos se han muerto, que tomando el pulso á los enfermos arquearon las cejas; cuántos matemáticos, que se alabaron de haber dicho á otros cuándo habian de morir; cuántos filósofos, que disputaron largamente de la muerte y de la mortalidad; cuántos muy celebrados en la guerra que mataron á muchos; cuántos reyes y tiranos, que con gran insolencia usaron de su poder; cuántas ciudades se han muerto, para decirlo así, Helice, Pompeya y Herculano, y otras innumerables. Añade á estos cuántos has conocido y ayudado á sus exequias, que uno tras otro se han muerto, y lo que ayer fue pez, hoy es guisado, ó ceniza: momentáneo es todo tiempo. Todo esto es de este sábio Príncipe.

CAPÍTULO XII.

Cuán breve sea la vida: por lo cual se ha de despreciar todo lo temporal.

Mira, pues, ahora qué es el tiempo y qué es tu vida, si se puede imaginar cosa mas veloz é inconstante. Compara la eternidad, que siempre está en un estado, con el tiempo, que tan arrebatadamente corre y se muda. Mira que así como la eternidad da una estimacion infinita á las cosas á donde se llega, así el tiempo ha de quitar la estimacion de cuantas cosas con él se acaban. El mejor gozo del cielo debes estimar infinito, porque ha de durar infinitamente; y el mayor contento de la tierra debes estimar en nada, porque ha de acabarse y parar en nada. El menor tormento del infierno te habia de causar un pavor inmenso, por haber de durar sin fin; y los mayores tormentos de esta vida no tenias que temer, pues han de cesar y acabarse. Quanto la eternidad engrandece las cosas, tanto las disminuye el tiempo; y así como lo eterno debe tener estimacion de cosa infinita, aunque ello fuese pequeño, así lo temporal se debe estimar en nada, aunque fuese infinito, porque ha de parar en nada. Por cierto que aunque fuese uno señor de infinitos mundos, y tuviese infinitas riquezas, si las habia de dejar, y acabar con todo, no tenia que estimarlo mas que la nada, pues en nada ha de parar. Y si todas las cosas temporales tienen esta mala propiedad, por ser caducas y perecederas, de no debérseles mayor estimacion que á lo que no es, pues han de dejar de ser tan presto, con muy particular razon se debe estimar en nada la misma vida del hombre, porque es mas frágil y perecedera, y poco mas que el no ser. No tiene el hombre cosa mas frágil y caduca que su vida: las posesiones, las heredades, las riquezas, los títulos y las demás cosas del hombre, duran aun despues del hombre; pero no su vida, la cual es tan delicada, que un poco de frio ó calor que exceda la acaba, y un poco de viento que corra, ó una respiracion de un enfermo, ó una gota de ponzoña basta para que desaparezca; de manera que, si se considera bien, no hay vidrio como ella;

porque el vidrio, si no le tocan, dura, mas nuestra vida sin tocarla se consume y acaba. Al vidrio puédenlo guardar, y durará siglos; para la vida no hay guarda ninguna, ella por sí misma se consume.

Todo esto tuvo muy bien entendido el rey David, que fue el mas dichoso y poderoso príncipe que tuvieron los hebreos, y rey de un reino tan grande que abrazaba los dos reinos de Judá y de Israel, y de quanto prometió Dios á los israelitas, que no lo alcanzaron á poseer hasta su tiempo, y extendió su imperio á otras muchas provincias con tanta sobra de riquezas, que el oro rodaba por su casa y corte; por lo cual dejó grandes tesoros á su hijo Salomon. Pues este tan afortunado Príncipe, considerando que habia de tener fin su grandeza, luego lo calificó todo por nada; y no solo sus reinos y riquezas tuvo por vanidad, pero su misma vida: por lo cual dice (1): *Pusiste, Señor, á mis dias medida; y así toda mi sustancia es como la nada.* Todas mis rentas, todos mis reinos, todos mis trofeos y toda mi hacienda, quanto poseo, con ser rey tan poderoso, todo es nada. Luego añade: *Pero sobre todo es una universal vanidad todo quanto es el hombre que vive;* esto es, toda mi vida: porque la vida del hombre es la cosa mas frágil de cuantas tiene el hombre. Esta baja estimacion y esta vanidad tienen las cosas, aunque las hubiésemos de gozar mil años; pero habiéndose de acabar tan presto, y mas de lo que pensamos, ¿qué caso se puede hacer de todo? ¡Oh si hiciésemos concepto de esto, de cuán breve es la vida, y cómo se despreciaran todos sus gustos! Es cosa esta tan importante, que mandó Dios al mas principal de sus Profetas que saliese por las calles y plazas, y á voces pregonase y diese grandes clamores de cuán frágil y breve es nuestra vida; porque estando profetizando el profeta Isaías el mas grave y escondido misterio que le reveló Dios, que es la Encarnacion del Verbo eterno, oyó de repente una voz del Señor que le decia que alzase el grito y diese voces, diciéndole: *Clama, clama.* El Profeta respondió: ¿Qué es, Señor, lo que tengo de clamar, y quieres que pregone á gritos? Díjole Dios: Que toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del campo; porque así como el heno se corta y seca de la noche á la mañana, y la flor se marchita luego, así es la vida de toda carne, y su hermosura y lozanía se pasa y se marchita en un dia. Sobre este lugar dice san Jerónimo (2): *Verdaderamente que quien mirare la fragilidad de la carne, y que cada hora crecemos y decrecemos, y que esto mismo que hablamos, que dictamos, que escribimos, se nos pasa volando de nuestra vida, no dudará de decir á su carne que es heno. El que ayer era niño se hace al momento muchacho, el muchacho se hace de repente mancebo, y hasta la vejez se va mudando por plazos inciertos, y antes se siente uno viejo que empiece á maravillarse que no es mozo.* Otra vez considerando el mismo Santo á Nepociano, que murió en la flor de su edad,

(1) Psalm. xxxviii. — (2) Hieron in Comm.

dice (1): ¡Oh miserable condicion de la naturaleza humana! Vano es todo lo que vivimos sin Cristo, toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del heno. ¿En dónde está ahora aquel rostro hermoso? ¿En dónde está la dignidad de todo su cuerpo, con la cual, como con un hermoso vestido, se vestia la hermosura del alma? ¡Ay dolor! marchitose la azucena corriendo ábrego, y el color de púrpura de la violeta se mudó en amarillez. Luego añade: Debemos, pues, considerar nosotros que lo que hemos de ser en algun tiempo, y lo que queramos ó no queramos no puede estar muy léjos; porque si excediese nuestra vida á novecientos años, y se nos concediese la edad de Matusalen, con todo eso toda la longitud de vida pasada no seria nada, pues deja de ser; porque entre aquel que vivió diez años, y aquel que hubiese vivido mil, despues que les hubiese venido el fin de la vida y la necesidad irrecusable de la muerte, lo mismo es; sino que el viejo sale mas cargado con mayor haz de pecados. Pues esta fragilidad y brevedad de la vida humana, con ser tan cierta y clara, quiso Nuestro Señor que publicase su Profeta, juntamente con el misterio mas escondido é ignorado del entendimiento humano, que era su encarnacion, y el modo de la redencion del mundo, que aun los mas altos Serafines no conocian ser posible; porque no acaban los hombres de persuadirse esta verdad, y conocer la brevedad de la vida, y con verla acabar cada hora no creen que se ha de acabar en alguna, y con oirlo cada dia les es como un misterio escondido que no acaban de entender, y así mandó Dios que como cosa nueva, pero de grande importancia, nos la persuadiese y publicase Isaias á grandes gritos y pregones, para que penetrase los corazones humanos. Oigamos, pues, de Dios esta verdad: Toda carne es heno, toda edad es breve, todo tiempo vuela, toda vida se desaparece, y gran multitud de años es grande nada.

Oye tambien cuánta verdad sea esta de los mas experimentados en vivir que sienten de la vida. ¿Acaso te prometes vivir cien años, y que esa es larga vida? Pues escucha al santo Job, que vivió doscientos y cuarenta y ocho años, y fue el hombre que mas pudo sentir lo que es vivir, así por su prosperidad, como por sus trabajos, que parece alargan mas el tiempo, que dice de todos sus años (2): *Nada son mis dias; nada dice que son casi tres siglos de vida.*

Otras muchas veces habla de la brevedad de la vida, declarándola con varias comparaciones y metáforas. Una vez dice (3) que eran sus dias mas ligeros que un correo que va por la posta, y que se pasaron como una nave que pasa de ligero, y como el águila real cuando arrebatadamente se abate á la presa. En otra parte dice que se pasaron mas presto que el tejedor da una tijerada en la tela. Otra vez le compara á la hojarasca seca que se la lleva el viento, y á una pajueta seca. En

(1) In epitaph. Nepotian. — (2) Juxt. Isid. lib. de vita et morte Patr. cap. 24.

(3) Job, vii. Job, ix. Dies mei velociores fuerunt cursore, etc.

otro lugar dice que es la vida del hombre como la flor que sale, y luego se pisa, y que huye como la sombra, sin permanecer en un mismo estado. Tan poco es la vida, pues por sombra la calificó el santo Job, aun en tiempo que era tres ó cuatro veces mayor que ahora; y no es maravilla, pues sintieron de ella lo mismo los que la alcanzaron tan larga, que pasaba de novecientos años, que son los que vivieron antes del diluvio, de los cuales los mas están en el infierno, diciendo lo que refiere el Sábio (1): *¿Qué nos aprovechó nuestra soberbia? Ó el fausto de nuestras riquezas ¿qué nos ha dado? Pasáronse todas estas cosas como sombra, como el correo que pasa por la posta, y como la nave que rompe las aguas inquietas, que no podrá hallarse rastro del lugar por donde atravesó, ni deja senda de sí; ó como el ave que vuela por el aire, cuyo camino no deja señal alguna, sino solo el ruido de las alas que azotaron al viento ligero, y rompiendo por fuerza, camina por los aires revueltos conmoviendo sus alas; despues de lo cual no se halla vereda por donde hizo su jornada: ó como la saeta tirada al blanco, que no hubo bien dividido el aire cuando se tornó á juntar y cerrar como antes, para que no se sepa por dónde pasó. Así tambien nosotros, apenas hubimos nacido, cuando al improviso dejamos de ser.* Estas son palabras aun de los tristes condenados que vivieron mas de ochocientos años; y si tan larga vida la tuvieron por sombra, y juzgaron que apenas habian nacido cuando al momento murieron, ¿cómo piensas tú vivir mucho, pues en este tiempo es mucho llegar á sesenta años? La vida de ochocientos años no es mas que el revolotear de un gorrion, ó el disparar de una saeta, ó, por mejor decir, un paso de una sombra.

¿Qué piensas que será cincuenta años que podrás vivir? Por cierto que á vida mas larga, esto es, á todo aquello á que se puede extender la vida humana, comparó Homero á las hojas de un árbol, que cuando mucho duran un verano; y pareciéndole mucho á Eurípides, dijo que la felicidad humana bastaba que tuviese nombre de un dia. Mas juzgando esto por sobrado, dijo Demetrio Falereo que le bastaba llamarse no hora, sino momento. Platon tuvo por demasia darla algun ser; y así se lo quitó, diciendo que era sueño de despierto. Y teniendo esto por mucho san Juan Crisóstomo, lo corrigió, diciendo que era, no sueño de gente despierta, sino de dormida. No parece que hallaban los filósofos ni los Santos comparacion con que acabasen de declarar la brevedad de esta vida; porque ni posta por la tierra, ni navío por el mar, ni ave por el aire pasa con mas prisa. Todas estas cosas, y otras que se tienen por veloces, no tienen siempre en su ser su velocidad, sin que alguna vez no aflojen ó se paren; pero la carrera ó ímpetu de nuestra vida, con que corre á la muerte, aun mientras dormimos no se para. Y así le parecia á Filemio tan presta y veloz, que dijo que no era esta vida

(1) Sap. v. Job, xiv. Quasi flos egreditur, et conteritur, et fugit velut umbra, etc.

mas que nacer y morir, y que al nacer salimos de un sepulcro oscuro, y que al morir nos poníamos en otro mas triste y tenebroso. Pues de esta vida tan breve quita el tiempo del sueño, y quitarás la tercera parte de ella; quita tambien el de la niñez y de otros accidentes que impiden el sentido y fruto del vivir, y presto te quedarás con la mitad de esa nada que tienes por mucho. En la vida se cumple bien lo que dijo Averroes (1), que el tiempo era un ser disminuido en sí, pues ella en sí es tan poco, y de lo que es se disminuye tanto, pues tantas partes de vida se quitan de un punto, que es la vida, respecto de la eternidad. Además de esto, ¿piensas que esa mitad de la vida que sacaste en limpio es cierta? Engañaste; porque, como dice el Sábio: *No sabe el hombre el día de su fin*; y así como á los peces, cuanto mas seguros están, los prenden en el anzuelo, y á los pájaros en el lazo, así asalta la muerte á los hombres en el tiempo malo, cuando ellos menos piensan.

Considera, pues, ahora cuán viles y de poca sustancia sean todas las cosas temporales, y cuán frágil es toda la gloria del mundo, pues se funda en tan flaco cimiento, pues todos los bienes de la tierra no pueden ser mayores que la vida; y si ella es tan poca, ¿qué serán ellos, pues son bienes por ella? ¿Qué puede ser un gusto del hombre, pues toda la vida del hombre es un sueño, y una sombra, y un cerrar y abrir de ojos? Si la vida mas larga es tan breve, ¿qué puede ser el deleite de un momento, por el cual se pierde la bienaventuranza eterna? ¿Qué bien puede ser de estima que le sustente una vida tan desestimable y llena de miserias? Figura de esto es aquella estatua de Nabucodonosor, que aunque era de metales tan ricos como el oro y plata, toda se fundaba en los piés de lodo, que dando en ellos una china, dió con todo en tierra. Todas las grandezas y riquezas del mundo tienen por fundamento la vida de los que las gozan, la cual es tan deleznable, que no digo una piedrecita, pero un granito de una uva, ha bastado para deshacerla. Con razon dijo David que todo cuanto es el hombre que vive era universal vanidad; porque basta la brevedad de la vida del hombre para envilecer y desvanecer cuantos bienes puede gozar el hombre. Vanas son las honras, vanos los aplausos, vanas las riquezas, vanos los gustos de la vida, pues es tan vana y frágil la vida, cuya brevedad es la vanidad de vanidades, pues hace todas las cosas vanas y viles, y así es una vanidad universal de todas las cosas. ¿Qué caso harías de una torre fundada en arena movediza? ¿Y qué seguridad tendrías de lo que llevaba una nave barrenada? No debes por cierto hacer mas caso de los bienes de esta vida, pues se fundan en cosa tan instable como ella. ¿Qué puede ser toda la gloria humana, pues la vida, que la sustenta, no tiene mas consistencia que el humo, segun David, ó segun Santiago, que un vaporcito que al momento se desvanece? Y aunque fuese de mil

(1) Averro. 4 phys. text. 15.

años, en llegando su fin es igual con lo que duró un día; porque así la felicidad de la vida larga, como la de la corta, es humo y vanidad, pues una y otra se pasa, y para en la muerte. Guerrico dominicano, gran filósofo y médico, y despues teólogo, oyendo leer el capítulo v del Génesis, donde la Escritura comienza á contar los hijos y descendientes de Adán, y el término de que usa, es este: Toda la vida de Adán fue novecientos y treinta años, y murió: la vida de su hijo Set fue novecientos y doce años, y murió, etc.; hizo su cuenta, que si tales y tan grandes hombres despues de tan larga vida al fin paraban en morir, no era justo perder mas tiempo en el mundo, sino poner la vida en cobro, de manera que cuando acá se acabase, no se perdiese, y con esto dió consigo en la Religion de santo Domingo, y fue de santísima vida.

¡Oh cuán locos son los hombres que, siendo tan breve la vida, tratan de vivir mucho, y no tratan de vivir bien; siendo cosa averiguada, como dijo Séneca, que todos pueden vivir bien, y que ninguno puede vivir mucho por mas que viva! Échase de ver mas esta locura con lo que dice Lactancio (1), que siendo tan breve esta vida, es fuerza que los males y bienes que hay en ella sean breves, como los males y bienes de la otra sean eternos: y queriendo Dios repartir competentemente estos bienes y males, ordenó que á los bienes breves, que se gozan en esta vida, sucedan en la otra males eternos, y á los males breves que se sufren aquí por amor de Dios sucedan bienes perdurables; y así poniéndonos Dios delante esta diferencia de bienes y males, y dejándonos libertad para escoger la suerte que quisiéremos, es gran locura por no sufrir tan breves males perder bienes eternos, por gustar de bienes tan breves padecer males tan largos, que no tendrán fin.

CAPÍTULO XIII.

Qué es el tiempo, segun san Agustin.

Veamos tambien qué sintió el gran doctor de la Iglesia Agustino sobre la naturaleza del tiempo (2), la cual tuvo en su gran entendimiento tan poca estimacion y ser, que despues de haber disputado con suma sutileza para averiguar lo que es, viene á concluir que no lo sabe (3). Lo mas que llega á alcanzar, que no hay tiempo largo, y que solamente se puede decir tiempo lo que es presente, que es solo un momento. Lo mismo sintió el emperador Antonino en su filosofia, por lo cual dice esta sentencia (4): *Si hubieses de vivir tres mil años, y sobre estos otros*

(1) Lac. lib. 5 divin. instit. — (2) Lib. 11 Confess. c. 15. — (3) Cap. 15.

(4) Au. Anton., lib. 2.